

Uno de estos enormes cetáceos chocó con nuestro barco y nos causó á todos una emocion muy parecida al miedo. Era de noche y todos subimos asustados al puente.

—¿Qué ocurre?

—Mirad.

Y vimos entonces al monstruo tranquilamente instalado bajo nuestra quilla: todos nosotros, aconsejados por un comun sentimiento de prudencia, hablábamos bajo por no espantarlo. Por fin, despues de haber tomado aliento, el monstruo se hundió en el abismo dejando detrás un torbellino de espuma. Por la mañana lo volvimos á ver mostrando su enorme dorso al sol á una milla de distancia. Como la noche anterior, Stradivarius habia dado al aire y á las ondas sus mas dulces melodías, se supuso que el cetáceo fue atraído por aquellos sonos: un naturalista que nos acompañaba no lo contradijo, y desde entonces fue opinion recibida á bordo que las ballenas, como las tortugas, son diletanti de primer orden.

## IV.

El Kamtschatka.—Petropaulowski. Las bocas del Amor Vuelta al Continente.—Ayane.—Campamento de noche.—Desenlace fúnebre.

El Kamtschatka, península de formacion volcánica, atravesada por una cadena de altas montañas y situada en la estremidad Nordeste del Asia, está rodeada al Este por el mar de Kamtschatka y una parte del mar de Behring, y al Oeste por el mar de Okhotsk. Su costa oriental está ceñida por una doble serie de volcanes en actividad. En su centro, poco mas ó menos, está atravesada esta península por una tercera cadena paralela que se compone en su mayor parte de volcanes apagados. La favorable situacion del Kamtschatka entre las posesiones rusas del Asia, ha provocado un gran número de establecimientos, entre los cuales hay que citar el de Petropaulowski, principal base de comercio ruso-americano.

Petropaulowski puede considerarse como la capital de Kamtschatka: cuéntase en ella de tres á cuatro mil habitantes. La poblacion total de la península no se eleva á mas de veinte mil almas. A mediados del siglo XVIII se elevaba á unas cien mil. Los cosacos hicieron la conquista del país y en seguida la hicieron tributaria de la Rusia, lo que trajo luchas sangrientas entre los conquistadores y los indígenas amantes siempre de su independencia. Es una de esas razas, que puede decirse se conquistan con el sable y se bautizan con sangre, para infiltrar en su seno vicios que no conocian. Aunque sometidos en apariencia á la nueva religion que se les ha impuesto, la mayor parte de los kamtschadales se inclina al anti-

guo chamatismo, primordial en el centro del Asia. La caza y la pesca constituyen su género de vida. En invierno se recogen en albergues subterráneos de forma cónica, abiertos por arriba, donde habitan ordinariamente cinco ó seis familias. Se visten con pieles de rengífero, se alimentan con salazon, con grasa de perro marino, con pan de corteza de árbol, encendiendo grandes fuegos, divirtiéndose con danzas y no cuidándose de la nieve que cubre á veces hasta la boca de la chimenea. Sus habitaciones de estío están suspendidas en el aire por medio de estacas, por las cuales tienen que trepar. Las mujeres se ocupan en los trabajos domésticos y las labores del campo que les produce patatas, coles y nabos. Su verano, muy breve pero muy caloroso, les permite cosechar cebada y cohombros. No tienen animales domésticos á no ser puercos y algunas gallinas, especie introducida en el país en 1820, pero el perro que en el invierno uncen á sus trineos es para ellos el animal por excelencia.

El puerto de Petropaulowstki, obra de la naturaleza es verdaderamente magnífico: quizá no haya otro igual en todo el mundo. Aunque no cuenta mas que tres ó cuatro mil habitantes, tiene mil recursos para la vida. Vinos esquisitos, conservas de todas clases, sabroso pescado, tejidos muy buenos, hechos con los filamentos de una especie de ortiga, bueyes como no los hay en ninguna parte sino en Inglaterra, gallinas como pavas, gran vegetacion. El invierno es un poco largo, pero el termómetro no baja nunca mas de 15 grados: todas las producciones de la China, de América, de Inglaterra y de Francia se encuentran en Petropaulowstki en los dos inmensos almacenes del gobierno que son las principales decoraciones del puerto y de la ciudad. En este singular país, no es ésta la menor singularidad que hay que ver en el invierno los trasportes hechos por perros en los trineos: ni los caballos los harian con mas rapidez que estos famosos perros. En el verano, estos animales son encadenados, no lejos de la ciudad cerca de un arroyo de muchos brazos que serpea en la pendiente de una colina, donde cada uno en número de cinco ó seis mil se hace su albergue escarbando en la tierra. Dos veces al dia se les da de comer pescado seco al sol; tampoco tienen otro alimento en el invierno. No puede darse idea de la voracidad con que se echan sobre esta presa, cuya vista y olor son bien repugnantes. Nada hay mas curioso por lo original que esta corriente de agua, rodeada de una infinidad de perros medio salvajes, que todos juntos ladran en confusion espantosa en cuanto ven una persona que no sea el guarda. Los primeros ladran porque la ven, los segundos porque la sienten, los demás porque los otros ladran.

Gracias á los abundantes recursos de vinos, caza

acuática, volátiles, carne fresca y pescado, hacemos aquí una vida envidiable: desde nuestra llegada vamos de festin en festin, y las señoras de la ciudad, interesadas por amor propio en darnos una buena

opinion de sus aptitudes culinarias, nos obsequian con toda clase de manjares y especialmente con pasteles que no serian indignos de figurar en la mesa de Félix ó de Quillet. Aquí tuve ocasion de comer por



Sepulcro de Mlle. Cristiani.

la primera vez patas de oso, rareza gastronómica muy estimada por los aficionados del país y aun por la mayor parte de mis compañeros de viaje. Por mi parte confieso que es un manjar de mucho gusto: pero sin duda mi paladar no tiene la gracia que es menester para encontrársela á este plato.

Despues de una corta permanencia, pues solo duró tres dias, volvimos á partir para entrar en este triste mar Pacifico, que debía llevarnos á Okhotsk. Allí encontramos otra vez grandes cetáceos, que jugaban al rededor de nuestros barcos: las vacas marinas lan-

zando sus bramidos en la calma de la noche; los peces flotando á flor de agua; las nutrias desafiando el inminente harpon; los cañozos tirados á proposito y fuera de él para un toast ó una salva; despues á manera de distraccion algunas borrasca sobrevenidas de improviso haciéndonos danzar sobre las olas, rompiendo nuestros vasos y muebles; el sol casi siempre velado de bruma y mirándose tristemente en una agua aplomada; la luna resplandeciente produciendo fuegos fátuos en las olas; noches oscurísimas en que brillaban mas las fosforescencias del Océano; las es-

trellas marinas luciendo entre las aguas como astros robados al firmamento; los fenómenos de las nubes luminosas envolviendo el barco y desapareciendo rápidamente, las eternas maniobras repitiendo palabras ininteligibles siempre para mí; la severa disciplina de un barco de guerra, quitando toda libertad de movimiento; un paseo sobre el puente en que no se podían contar mas de 30 pasos... Hé aquí todo lo que ofrecía la vida á bordo durante cuarenta dias que invertimos para ir á las bocas del Amor.

Durante tres dias, á la altura del cabo Isabel y de la isla Saghalien, buscamos el *Baikal*, bajel de guerra que debia traer órdenes del gobierno. En uno de estos dias en que el sol quiso mostrarse radioso se celebró con salvas y champana el aniversario de la coronacion del emperador. Bajamos á tierra, donde encontramos verdaderos salvajes, pero inofensivos, con quienes hicimos algunos cambios. Los pobres preferían botones de uniforme, tabaco y otras zaramojas al dinero; nos proveyeron con abundancia de pescado fresco y nos dejaron tomar algunas frioleras. Entre toda aquella gente que vivía á la providencia de Dios, no pudimos descubrir un solo especimen del sexo femenino: las mujeres, espantadas sin duda de nosotros habian desaparecido; pero á juzgar por los hombres debian tener poco de curiosas ni bellas, y así que no perdimos mucho con su ausencia.

Después de haber luchado algunos dias contra los vientos contrarios, llegamos el 10 de octubre á vista de Ayane, nuevo puerto descubierto junto las bocas del Amor por la compañía americana. Pero estando tan cerca ya de tierra, los vientos no nos permitieron arribar, y tuvimos que entrar en el puerto en una chalupa dejando al *Irtish* y á su buen capitán, quien durante las cuatro horas que tuvimos que luchar para tomar tierra, no dejó de saludarnos con salvas de honor y fuegos de Bengala.

En Ayane no permanecemos mas que cuatro dias. Antes de salir de esta ciudad para volver á Okhotsk fuimos todos en séquito del general á despedirnos del *Irtish* y á dar los buenos dias al *Baikal* los cuales habian conseguido ya entrar en el puerto: no hay que decir que fuimos acogidos con el mayor entusiasmo, así por los oficiales como por los marineros. Desde allí volvimos á la playa, donde nos esperaban nuestros caballos enjaezados. Al montar toda la artillería de la fortaleza nos saludó estrepitosamente, y los marinos poblaron el aire con sus hurras. Finalmente, después de estrechar las manos de nuestros huéspedes de mar y tierra, sacudimos el látigo y entramos en un caos de camino.

El primer día fue bueno; pero el segundo al despertar ¡qué espectáculo tan triste! la nieve habia cubierto ya las cimas de las montañas que limitaban el horizonte y teníamos que trepar á pie á una de las

mas altas. Pero ¡qué importa? ¡adelante! Así dijo el general. Llegamos al pie de la montaña y dejamos de cabalgar, tomando la resbaladiza pendiente. Nos hundíamos hasta la rodilla unas veces, otras rodábamos; y lo peor era que habíamos de tirar de los caballos que rehusaban seguirnos. Por fin, después de muchos trabajos y peligros llegamos arriba donde nos esperaba.

... Le plus terrible des autans  
que le nord eût porté jusqu'à dans ses flancs (1).

La voz de ¡adelante! volvió á oírse, ahora con mas energía que antes. No lejos de allí encontramos por fortuna una yurta, donde pudimos calentarnos. El hambre se hacia sentir, pero no habia provisiones, pues los caballos que las llevaban se habian extraviado. Este contratiempo no nos detuvo y continuamos adelante andando tanto y tan bien, que á la noche habíamos hecho sesenta *verstes* (unas 5 leguas), y llegamos ateridos y hambrientos á un albergue de salvajes que nos trajeron algunos víveres mas salvajes que ellos, pero que fueron acogidos como un maná del cielo.

El día siguiente nuevas fatigas y esfuerzos al través de los pantanos llenos de ranas y árboles secos, reunidos y ocultos bajo la nieve, para ofrecer á cada paso un peligro. Por desgracia, me separé de la caravana esperando encontrar mejor camino, y aquella fue ir de Scila en Caribdis. Era en vano tomar á la derecha ó á la izquierda: por todas partes habia los mismos obstáculos y peligros.

Mi caballo guiado por sus instintos mejor que por mí, procuraba en vano elegir el mejor camino, y yo lo hostigo á riesgo de perecer los dos. Solo me quedaban diez *verstes* para llegar al Maia río apenas navegable que desemboca en el Aldan, uno de los principales tributarios del Sena: era el fin de nuestros mas rudos trabajos, porque debíamos encontrar pronto barcos que nos condujeran á Yakutsk. En vez de contar con mi estrella, debia haber contado con mi caballo y dejarme guiar por él. Estas reflexiones tardías empezaban á aconsejarme cuando un dependiente del general pasó por mi lado.—Voy á la estacion, me dijo, á buscar conductores que lleven á brazo á la señora que no quiere ir mas á caballo: al general no le importa dormir sobre la nieve.—Pues voy con usted, le contesté.—Bien, pero le advierto que no me detendré á esperarla, cualesquiera sean los obstáculos que se presenten.—Convenido. Y hé aquí á mi hombre que echa delante al trote largo de su cabalgadura: yo lo seguía por aquel pantano cada vez mas impracticable, esperando que detendría á su caballo; pero me engañé, que siempre llevaba el mismo paso. Nuestros caballos caían, saltaban, se-

(1) El aire mas fuerte que puede soplar el Norte.

guiaban ya á la derecha, ya á la izquierda, por no sumergirse en el fango ó por sustraerse al castigo. Pero nada dotenia á mi compañero; una montaña sucedió al pantano; una pendiente pedregosa sucedió á la montaña. Los caballos se resistían y era preciso animarlos á latigazos. Mi compañero corria sin cesar y yo lo seguía á cierta distancia. La noche llegó: los pasos peligrosos se multiplicaron; los caballos fatigados tropezaban en cada piedra, en cada raíz. Y mi compañero trotar que trotar.—Un instante de reposo le pedí por favor.—Imposible me contestó á lo lejos. Voy de servicio. Y lo ví desvanecerse en las sombras. ¡Dios me guíe! dije entonces yo. Y asegurándome en los estribos, escité rudamente al animal y me dejé llevar á donde Dios y el caballo quisieron. Entre tanto, algo de piedad penetró en el corazón de mi diligente compañero, piedad no sé si de mí ó de los caballos y retardó un poco el paso. Entonces lo volví á ver y dando otro latigazo á mi caballo pasé adelante, lanzándome desesperada por medio de todo lo que Dios ó el diablo ponía delante de mí. Así hice diez *verstes* en una hora aquella memorable noche; cosa imposible, si hubiera visto claro. A Dios gracias llegamos al fin de la jornada sanos.

A tales pruebas ¡qué organizacion femenina de nuestro Occidente se arriesgaria impunemente? La constitucion de hierro del mismo Atkinson, no pudo resistir y murió joven aun, á consecuencia de las fatigas sufridas en sus largos viajes. Pero al fin murió entre los suyos, bajo el cielo de su patria, después de haber condensado el resultado de sus trabajos en dos volúmenes que serán siempre de los mas bellos libros que hayan salido de las prensas inglesas.

Madama Lisa Cristiani no debia tener la misma dicha. Desde su vuelta de la provincia de Yakutsk su misma correspondencia nos la muestra ya menos enérgica.

«Este eterno sudario de nieve que me rodea, escribía, acaba por estremecer mi corazón. Acabo de recorrer mas de 3,000 *verstes* de llanura, ¡nada, nada mas que nieve! nieve caída, nieve que cae, nieve por caer. Mi alma se ha dejado envolver en este paño de muerte y me parece que reposa helada debajo de mi cuerpo, que la mira sin fuerza para calentarla. Pero temo, al contrario, que sea el alma la que tire de la bestia, como dice Javier de Maistre.»

Este presentimiento no debia tardar en realizarse. Mlle. Cristiani volvió á la Europa Oriental y á climas dulces, pero sin hallar sus perdidas fuerzas y su buen humor.

El 3 de setiembre de 1853, estando en Vlad y

Kaafat, pequeña ciudad fortificada del Cáucaso, escribía á sus amigas:

«Habiendo partido á fin de diciembre de 1848 y vuelto á Kassin á principios de 1850, mi viaje ha durado un año y veinte y cinco dias. He recorrido mas de 18,000 *verstes* de camino, algo mas de 1,000 leguas francesas; he visitado quince ciudades de Siberia, de las que son las principales Ekaterinunburg, Tobolsk, Omsk, Tomsk, Irkutsk y Kiachta en la frontera china; Yakutsk, Okhotsk, Petropaulowski y Ayane en las bocas del Amor todas ciudades nuevamente fundadas. He atravesado mas de cuatrocientos rios, pequeños, medianos y grandes; siendo los mas notables el Ural, el Irtish, el Yenisei, el Sena, el Aldan y el Amor en su embocadura. He hecho todo este camino en brishka, en trineo, en carreta, en litera, ya vehículos tirados ya por caballos, ya por reñíferos ó por perros; algunas veces á pie y con mas frecuencia á caballo, sobre todo en el trayecto de Yakutsk á Okhotsk. He navegado tambien muchos centenares de millas por rios de 6 ó 700 leguas de curso, y por espacio de cincuenta dias por el Pacífico. He recibido hospitalidad entre los calmucos, los kirghis, los cosacos, los ostiaks, los chinos, los tunguses, los yakutes, los buriates, los kanstchadales, los salvajes del Shagalien, etc., etc., haciéndome oír en parejas donde no lo ha hecho ningun artista del mundo. He dado en conjunto cuarenta conciertos públicos sin contar las soirées particulares y las ocasiones en que he tocado por mi propio placer.

«Tal es el compendio de mi temeraria empresa. *Piedra que rueda no cria moho*, dice un antiguo proverbio, y yo he verificado por mí misma ese proverbio. Tengo la muerte en el alma... mis dolores crecen... mis fuerzas disminuyen. ¿Qué será al fin de mí? Todo lo he ensayado, aun ir á ese país maldito donde hay una emboscada en cada mata, pero todo en vano; en vez de la bala que buscaba, solo he encontrado confites robados en una escaramuza. ¿Hay peor suerte?»

A fines de setiembre Mad. Cristiani llegó á Novo-Tchekasck, capital de provincia de los cosacos del Don, en donde hacia estragos el cólera. En la disposicion en que se encontraba su cuerpo y su alma, era una víctima predestinada al sacrificio.

En efecto, el 24 de octubre de 1853 sucumbió en pocas horas.

En este pliego damos una lámina exacta del sepulcro de fundicion de hierro que los habitantes de Novo-Tchekastek erigieron por suscripcion á la joven francesa.

Por extracto.  
F. de L.